

HOMILÍA DOMINGO XXXIII TIEMPO ORDINARIO – 2013 CICLO “C”

DÍA DE LA IGLESIA DIOCESANA

La Iglesia con todos y al servicio de todos Ayuda a tu parroquia, ganamos todos

De la Exhortación pastoral de nuestro Obispo
Mons. D. Francisco Cerro Chaves.

“Cuántas veces el Papa Francisco nos habla del servicio de la Iglesia a todos, especialmente a los más pobres y necesitados. Y en eso queremos insistir este año en el Día de la Iglesia Diocesana.

Además de sentirnos Iglesia, a ella acudimos en momentos claves de nuestra vida: bautismo, confirmación, primera comunión, matrimonio, entierro... En las misas dominicales, en las fiestas patronales, en acontecimientos familiares o locales... Ir a la Iglesia y estar en la Iglesia es ir y estar en nuestra casa. Estar en la Iglesia es estar con la familia.

La Iglesia con todos al servicio de todos es tanto como afirmar que nos sabemos y sentimos familia unos de otros, miembros de la gran familia de los hijos de Dios.

Y en la familia siempre se da lo mejor a todos y a cada uno de los que la componen. En la Iglesia recibimos la fe, aprendemos que Dios es nuestro Padre, que nos quiere y ama a todos.

En la familia todos participan de todo. Y aquellos que más lo necesitan son los que más reciben. En la Iglesia intentamos vivir la caridad, volcarnos, como hacía Jesús, con los más necesitados. Vivir la fe es vivir la caridad. Por eso en este Año de la fe hemos estado intentando poner en práctica aquello de transmitir la fe viviendo la caridad. Y en el curso actual tenemos el lema de mi última carta pastoral: “salid a los caminos. Venid a la Fiesta”.

Queridos diocesanos. Escuchemos al Papa y salgamos al encuentro de los hermanos. Hagamos posible, con nuestra entrega y servicio, que los que están a nuestro alrededor descubran que efectivamente la Iglesia es una familia donde todos tenemos cabida, donde todos podemos experimentar el amor de Dios y, por tanto, el amor de los hermanos.

Celebremos el Día de la Iglesia Diocesana con la alegría de saber que la Iglesia es algo muy nuestro, muy de todos”.

'Absoluta devastación' en Filipinas

Daños en la costa de Tacloban, en la isla de Leyte. AFP

- El súper-tifón Haiyan destruye el 70% de la población de Tacloban, capital de la provincia de Leyte
- Este super tifón deja hasta ahora 4,5 millones de afectados y más de 300.000 desplazados
- Se teme que hayan muerto más de 10.000 personas, aunque no hay cifras oficiales totales
- Otros países de Asia experimentan las consecuencias de este tifón.

Ante esta situación tan inmensa y tan dolorosa, nos unimos a la oración del Santo Padre por todos los que han muerto y por todos los damnificados.

También estemos dispuestos a ayudarles en sus necesidades.

LA EUCARISTÍA DOMINICAL

1.- Las Lecturas

* **Profeta Malaquías 3,19-20a.** El profeta revela la intervención futura del Señor en favor del pueblo de Israel. La salvación de Dios llegará: os iluminará un sol de justicia y de paz.

* **Salmo Responsorial 97.** El Señor llega para regir los pueblos con rectitud. Preparemos nuestra alma a la venida del Señor y abramos nuestro corazón a la salvación que nos trae y ofrece.

* **Segunda carta de San Pablo a los Tesalonicenses 3,7-12.** Ante la ociosidad de no pocos porque creían que la vuelta gloriosa del Señor era inminente, San Pablo les estimula al trabajo de cada día. No es bueno vivir instalados en la ociosidad.

* **Evangelio según San Lucas. 21,5-19.** El mundo tendrá su final. Jesús anuncia la destrucción de Jerusalén y el final de los tiempos. Mientras llega ese momento, debemos permanecer firmes y perseverantes en la fe, esperanza y caridad. “Con vuestra perseverancia salvaréis vuestras almas”.

2.- Sugerencias para la homilía

2.1.- La vuelta gloriosa del Señor

Jesús comparece ante el Sanedrín. Al Sumo sacerdote le responde: “En adelante, veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del Padre y venir sobre las nubes del cielo” (Mt.26,64).

Hoy nosotros proclamamos: “Jesucristo volverá en la gloria para juzgar a vivos y muertos...” (Credo de la Iglesia).

El retorno glorioso del Señor Jesús es para nosotros el horizonte final hacia el que se encamina la historia humana, nuestra historia. La historia personal cuando se trata del encuentro con Jesucristo en la muerte; la historia colectiva cuando se trata del fin de los tiempos. De este modo podemos afirmar que la antropología y la cosmología están unidas a la cristología definitivamente, y en esta coincidencia está “el fin del mundo”.

Nos quedamos sobrecogidos cuando hablamos del retorno glorioso del Señor ya sea en nuestra muerte ya sea al final de los siglos. No nos encaminamos hacia la nada ni hacia la desaparición total. Somos miembros de la Iglesia que peregrina y camina por estas tierras hacia el encuentro con el Señor. Esta es nuestra esperanza: vamos al encuentro con el Señor que nos ama, que nos espera... No desesperemos... Que la angustia y la tristeza no se adueñen de nuestro corazón ni de nuestra vida. Transmitamos a todos

esperanza, paz, amor... Una persona desesperada es un ser que no tiene ya con qué orientar su existencia.

Jesucristo resucitó de entre los muertos y no nos abandonará nunca. Volverá en gloria para llevarnos con Él para toda la eternidad. Y seremos eternamente felices. Permanezcamos fieles a Él durante toda nuestra vida.

Recordemos las palabras de San Pablo: “Si no resucitó Cristo, vana es nuestra predicación, vana también vuestra fe” (ICort.15,14).

Oremos con la oración de la Iglesia:

“¡Señor!
Perdóname, si no tengo dentro,
Si no sé amar nuestro mortal encuentro,
Si no estoy preparado a tu llegada”.

“Y esperar que me llames,
Tú, Señor, que me miras,
Tú que sabes mi nombre”.

“Estáte, Señor, conmigo
Siempre, sin jamás partirme,
Y, cuando decidas irte,
Llévame, Señor contigo” (Oración litúrgica).

2.2.- ¿Indiferentes ante el retorno glorioso del Señor y ante el juicio?

Es verdad que no pocos cristianos viven y se muestran indiferentes ante el retorno glorioso del Señor, como si nada les dijera a ellos esta vuelta gloriosa del Señor. Digamos lo mismo respecto al juicio de Dios. Vivimos en un mundo de individualismo que pone de relieve la autonomía del ser humano ante cualquier norma o criterio ético o moral. Además, estamos sumergidos, en parte, en un clima de superficialidad, de relativismo... Que nos puedan pedir cuentas de nuestro pensar, obrar... en el futuro no entra a menudo en nuestros cálculos.

Nos duele decir que la fe de no pocos cristianos es fragmentaria, frágil, débil... Por eso es necesario seguir haciendo un esfuerzo para educar la fe mediante una adecuada formación. Este debe ser un propósito firme y un objetivo básico que debemos asumir en el “Año de la fe” que estamos ya cerca de clausurar, y que está en consonancia con el objetivo pastoral diocesano: atender a los alejados de la fe.

2.3.- La esperanza

No olvidemos que la fe en el cielo entraña e implica una visión radicalmente nueva de la vida y de la historia ya que el que cree, ama y espera en Dios orienta su existencia, sus comportamientos, sus compromisos, de una manera totalmente diferente a cómo lo hace el que ni cree ni espera ni ama Dios.

Esa manera nueva de pensar y querer, de vivir y de actuar, de trabajar y de comprometerse que brota y surge de la fe tiene el nombre de una virtud teologal: la esperanza. En efecto, el cristiano es la persona que espera. Recordemos unas palabras de San Pedro que tanto bien y consuelo nos ofrecen y comunican:

“Bendito sea el Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo, quien, por su gran misericordia, mediante la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, nos ha reengendrado a una esperanza viva, a una herencia incorruptible, inmaculada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros, a quienes el poder de Dios, por medio de la fe, protege para la salvación, dispuesta ya a ser revelada en el último momento” (IPedr 1,3-5).

Esta esperanza escatológica no nos aparta de las tareas temporales (GS 21). “Las descripciones del fin serían un opio del pueblo si tuvieran como finalidad, o simplemente como consecuencia, el apartarnos de las tareas temporales. Pero, por el contrario, nos impulsan a construir nuestras múltiples ciudades de aquí abajo, porque nos revelan la dimensión eterna de la más mínima realización en el orden de la justicia o de la caridad, del descubrimiento científico o de la proeza técnica, de la belleza artística o de la simple felicidad de un niño. Confieren un fin, a los ojos de Dios, a todo lo que está en gestación, a menudo dolorosa, de nuestro presente. Es Cristo que vuelve ya y nos hace señales” (B. Sesboué, “Creer”; San Pablo, 2000, 615).

2.4.- Preguntas y respuestas

Y es a la luz de la fe y de la esperanza cómo podemos encontrar respuestas adecuadas a estos o parecidos interrogantes que cualquier ser humano puede plantearse:

¿Quiénes somos?

¿De dónde venimos?

¿Hacia dónde vamos?

¿Hacia dónde se encamina este mundo y esta historia?

¿Nuestra historia tiene alguna significación?

¿Vale la pena luchar por un mundo mejor?

¿Qué va a ser de mí cuando muera?

¿Quién me cuidará a mí cuando me llegue la muerte?

El ser humano se plantea estos interrogantes y ha dado respuestas diversas a estas preguntas en la historia del pensamiento humano.

Por nuestra parte, os acerco una vez más la doctrina del Concilio Vaticano II sobre estos temas tan importantes para el ser humano.

Os invito a leerlas y meditarlas. Estoy seguro de que nos iluminarán y nos guiarán, y sentiremos el deber de transmitir las y comunicarlas a los demás:

* “El misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnando... Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación (...). El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido en cierto modo con todo hombre” (GS 22).

* “Cree la Iglesia que Cristo, muerto y resucitado por todos, da al hombre su luz y su fuerza por el Espíritu Santo, a fin de que pueda responder a su vocación, y que no ha sido dado bajo el cielo a la humanidad otro nombre en el que sea necesario salvarse” (GS 10).

* “Cree la Iglesia que la clave, el centro y el fin de toda la historia humana se hallan en su Señor y Maestro” (Ibd.).

* “Afirma la Iglesia que bajo la superficie de lo cambiante hay muchas cosas permanentes, que tienen su último fundamento en Cristo, quien existe ayer, hoy y para siempre” (Ibd.).

* “Dios nos enseña que nos prepara una nueva morada y una nueva tierra donde habita la justicia y cuya bienaventuranza es capaz de saciar y rebosar todos los anhelos de paz que surgen en el corazón humano. Entonces, vencida la muerte, los hijos de Dios resucitarán en Cristo, y lo que fue sembrado bajo el signo de la debilidad y de la corrupción, se revestirá de incorruptibilidad, y, permaneciendo la caridad y sus obras, se verán libres de la servidumbre de la vanidad todas las criaturas que Dios creó pensando en el hombre” (GS 39).

El beato Juan Pablo II afirma por su parte: “este hombre es el camino de la Iglesia” (RH 14), especialmente “el enfermo, el pobre...” (SD).

2.5.- Para juzgar a vivos y muertos

Con el deseo de ofrecer lo esencial de la doctrina católica sobre este tema nos ha parecido que lo mejor es presentar y ofrecer la enseñanza del Catecismo de la Iglesia Católica.

*** El juicio pertenece solamente a Jesucristo:** “Cristo es Señor de la vida eterna. El pleno derecho de juzgar definitivamente las obras y los corazones de los hombres pertenece a Cristo como Redentor del mundo. Adquirió este derecho por su Cruz. El Padre también le ha entregado “todo juicio al Hijo” (Jn.5,22) (n.679).

Se trata de un juicio de amor y sobre el amor. (cf. Mt.15,31-46).

*** “La retribución inmediata después de la muerte** de cada uno como consecuencia de sus obras y de su fe” (n.1021). Nadie está exento de este juicio. “Al morir tendremos el juicio particular. En este juicio nos encontraremos con Jesucristo y ante nuestra vida: todos nuestros actos, palabras, pensamientos y omisiones quedaran al descubierto... Si nos encontramos en gracia de Dios, nuestra eternidad feliz empezará en ese momento. Si morimos en una actitud de rechazo total y voluntario a Dios, en pecado mortal, entonces empezará para nosotros el castigo eterno, el infierno” (Mons.Salvador Cristau: “Y desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos”, en “La belleza de la fe. Nuestros Obispos explican el Credo y los Sacramentos”; San Pablo. 2012; p. 55-58).

*** “El día del Juicio, al fin del mundo,** Cristo vendrá en la gloria para llevar a cabo el triunfo definitivo del bien sobre el mal que, como el trigo y la cizaña, habrán crecido juntos en el curso de la historia” (Catecismo... n.681).

“Cristo glorioso, al venir al final de los tiempos a juzgar a vivos y muertos, revelará la disposición secreta de los corazones y retribuirá a cada hombre según sus obras y según su aceptación o su rechazo de la gracia” (Catecismo... n.682; cf. n.1038-1040).

Jesucristo glorificado y sentado a la derecha del poder de Dios, vendrá desde allí a juzgar a vivos y a muertos. Él es el Señor de la vida eterna. A Él, como Redentor del mundo, le pertenece el derecho de juzgar los corazones y las obras de los hombres. Y no olvidemos que “al final de la vida seremos examinados en el amor” (San Juan de la Cruz).

“Lo más importante de este juicio es el criterio con que se realizará. Cada uno será juzgado por su caridad en obras hacia sus hermanos, los pequeños, los hambrientos, los sedientos, los extranjeros, los marginados, los que están desnudos, los enfermos y en la cárcel... Si no tenéis ninguna generosidad con los pequeños, los pobres y los marginados, si no hacéis nada por vuestros hermanos y hermanas, entonces estaréis renegando de mí y esto es lo que puede ocurriros... La razón profunda es clara: Jesús se identifica voluntariamente con todos estos pequeños: “¡A mí me lo hicisteis!” (Bernard Sesboüé, “Creer”; San Pablo, 2000, 609).

El Señor nos invita, nos llama y exhorta constantemente a velar y vigilar, a estar siempre preparados porque no sabemos el día ni la hora. Así lo dice en estas parábolas: las vírgenes prudentes y las necias, los invitados a las bodas, la higuera estéril... El Señor nos dice con frecuencia: “velad y orad para no caer en la tentación” (Mt.,26,41). Que las palabras del Señor no caigan en saco roto ni nos mostremos indiferentes ante ellas.

Los que participamos en la Eucaristía somos llamados a poner ahora la mesa entre los pobres, entre los que sufren...

Florentino Muñoz Muñoz